

1012157

PA7298
.23
.A7
E5
2000
C.2



1020154186



Centro de Información de Historia Regional, U.A.N.L.

En la esquina

De: Raúl Martínez Salazar



**FONDO
UNIVERSITARIO**

EN LA ESQUINA

Pocas veces se piensa en la muerte como la oportunidad de redimir errores, al menos yo jamás pensé que así fuera. Ciertamente no la conocía; ahora, sólo puedo decir sinceramente: discúlpame muerte. No tenía idea de nada. Tal vez al principio, por tu insistencia, hubiese creído que obedecía a una actitud necia de tu parte. Pero ahora que me has permitido conocerte, no puedo justificar el estúpido prejuicio que dominó siempre mi existencia; no voy a mentir diciendo que al momento de nuestro encuentro, no me pareciste inoportuna, desafiante, fuera de contexto. Fue hasta esa mañana, cuando como un torbellino entraste a mi recámara y violentamente, sin aceptar réplicas, me arrastraste hasta estar frente a ti; me pareciste una visión mágica. De tu faz lentamente resbalaban frescas gotas de rocío que al ser absorbidas por la tierra creaba una mullida alfombra que invitaba a estar ahí, a esperar pacientemente la llegada de los seres queridos para juntos planear un mejor regreso a la vida y volvernos a encontrar en esa misma esquina origen de las tribulaciones que escribieron ésta mi historia terrenal.

Fue el 6 de enero de 1998, cuando llegué a esta ciudad de Monterrey, N. L., con la intención de entrar a la Universidad Autónoma de Nuevo León, titularme y regresar inmediatamente a Veracruz, aclarando que no por mi gusto sino que a mi papá no le gusta que la familia ande desbalagada. Fue por la noche cuando arribé a la Central de Autobuses. Ahí estaba la tía Cristina esperándome. Su parecido con mi padre hizo que la

reconociera de inmediato; ah y por lo escandaloso de su apariencia -Viste como una puta- alguna vez dijo mamá. Un mes antes, papá le había escrito preguntándole si no tenía inconveniente en alojarme en su casa mientras cursaba la universidad, aclarándole que no sería una carga para ella ya que él enviaría algo de dinero para mi manutención y lo que fuera necesitando. Ella le había respondido que aceptaba gustosa y que aunque pobre su casa, frijolitos no me faltarían. La tía Tina es la hermana más chica de papá; ella tiene treinta y tres años de edad y dieciséis que no se ven. Algunas veces papá le escribía preguntándole por su salud y la de sus hijos, pero jamás la visita; en realidad solamente mamá lo hace de vez en cuando porque papá se lo pide, porque si no fuera por eso, tampoco lo haría. -¿Ver a Cristina? ¡Guácala de pollo!- ha dicho mamá cuando le hacen el encargo de verla.

Cuando me acercaba a ella para presentarme, sus ojos se fijaron en mí, tratando de adivinar si era yo al que esperaba, y a pesar de mi sonrisa y de que me aproximaba, no se movió del lugar donde estaba parada. -Soy Ernesto Molina, tía- le dije, y como si le hubiera llevado la peor de las noticias, con las manos cubriendo su rostro empezó a llorar desconsoladamente. No sé cuánto tiempo pasamos así, ella llorando y yo parado a su lado, desconcertado sin saber qué decir para cambiar esta situación inesperada. Por fin me animé a hablar. -No llore tía, ¿qué le pasa?- le pregunté con cortesía. Súbitamente, sin dejar de llorar, me abrazó fuerte, con energía, restregando su cara en mi pecho y embarrándome el maquillaje que ahora le escurría por la cara. -Me está manchando la camisa- pensé decirle, pero por precaución callé; no fuera a herir sus sentimientos y entonces

sí, quién la para. -Perdóname m'ijo, es la alegría de verte- dijo lloriqueando, y sin decir más palabras caminamos a la puerta para salir de ese lugar.

Afuera había varios taxis que obviamente esperaban ser requeridos y a ellos se dirigió la tía con movimientos nerviosos. -A Sierra Ventana por favor.- El taxista respondió con indiferencia que esperaba un cliente y que no le podía dar servicio; la misma respuesta dieron dos más, hasta que el cuarto chofer después de mirarnos de arriba hacia abajo aceptó llevarnos. -Nada más que no sea muy arriba- nos advirtió. Rápidamente la tía y yo metimos a la cajuela las dos maletas que no había soltado para nada hasta ese momento. -Ni se te ocurra soltarlas hasta que llegues a la casa de tu tía, allá hay mucho ratero- me había dicho papá. Durante el trayecto no hubo palabras, pero los constantes apretones en la mano que me daba la tía me hicieron pensar que ella sostenía un silencioso monólogo con su pasado, que la inquietaba y que hacía que estos apretones fueran cada vez más fuertes. -Hasta aquí llegó- dijo el chofer, y fue hasta entonces que la tía habló, un poco sorprendida le aclaró que aún faltaban cinco cuadras para llegar, pero él nos recordó su advertencia al abordar el taxi y exigió su paga. Con enojo la tía le pagó y me dijo que no me preocupara, que no estaba tan lejos la casa y que pronto llegaríamos para que pudiera yo descansar.

Mientras caminábamos no podía dejar de ver con prejuicio el lugar donde viviría. Durante el trayecto habíamos pasado por el centro de la ciudad. Saliendo de éste seguimos por una amplia y bien cuidada avenida: Las colonias que se encontraban por ahí

se veían cómodas poquito más que en el fraccionamiento donde viven mis padres. -Ojalá que por aquí viva la tía- pensé. Pero nos fuimos alejando, acercándonos a la realidad; a esta zona marginada que parece una broma del esplendor que habíamos pasado. Aquí la mayoría de las casas parecen improvisadas, con la pintura descarapelada que las hace ver más triste en su aspecto; en la calle la luz de algunos focos de las casas de los vecinos a duras penas se filtraba por la espesa oscuridad que nos impedía avanzar con rapidez, pero los perros eran un obstáculo más: docenas de ellos se nos abalanzaban con furiosos ladridos que reclamaban la invasión a su territorio, y para cerciorarse que siguiéramos nuestro camino nos escoltaron por unos momentos que me parecieron eternos, ya que la cercanía de sus hocicos en mis piernas me hacía pensar que no eran solamente amenazas, y que era cuestión de segundos para que se decidieran a dar la tarascada.

-¡Mira, allá está tu primo Teto!- exclamó con entusiasmo la tía, apuntando hacia una brumosa esquina en donde se encontraba un silencioso grupo de muchachos que nos miraban con atención. Casi inmediatamente al señalamiento que hizo la tía, del grupo se desprendió un muchacho delgado de mediana estatura que diligentemente tomó la maleta que ella llevaba. -¿Qué onda má, éste es el primo?- preguntó sin mirarme. Ella asintió y lo apuró a caminar después de pedirle que tomara también la maleta que yo cargaba. -El pobre viene cansado del viaje- justificó la tía el que el Teto me aligerara los últimos metros que nos faltaban para llegar al hogar.

La casa de la tía es pequeña: tiene tres cuartos y sólo el que sirve de cocina tiene una función más específica; la casa techada con láminas galvanizadas hacía sentir bastante frío el interior; tal vez yo lo sentía más, ya que vengo de una región con un clima semi tropical en donde conocemos el frío nada más por las películas. No obstante el esfuerzo que hacía por comportarme con naturalidad, un temblor incontrolable empezó a sacudir mi cuerpo. -Horita te preparo un cafecito para que se te quite el frío- dijo la tía, e inmediatamente se dirigió a la cocina, dejándome parado en medio del cuarto por él que habíamos entrado. El agotamiento que en este momento empecé a sentir me hizo pensar en sentarme, pero una rápida ojeada a mí alrededor frustró mi intención. Los dos únicos muebles que servían de sala estaban ocupados: en ellos estaban dormidos dos hermanos menores del Teto. Desilusionado, ya me había resignado a permanecer parado hasta que la tía me indicara en dónde podía sentarme, pero por fortuna no fue así; en ese momento apareció el Teto como mi ángel guardián. - Sobres carnales- me dijo, poniendo una silla a mi lado que rápidamente tomé.

Mi ingreso a la universidad no representó algún problema. Me inscribí en la Licenciatura de Sociología que se imparte en la Facultad de Filosofía y Letras, y desde el primer día de clases asistí con entusiasmo, con la idea fija de llegar a la meta que me trajo a este lugar: ¡lograr un título universitario y regresarme a Veracruz!

Al correr de los días hay cosas que poderosamente atraen mi atención, y están relacionadas con la manera de vivir de los

muchachos de mi edad en este barrio. Casi ninguno estudia, y si acaso algunos trabajan temporalmente, pero la mayoría parece disfrutar de algo que no conozco y que siento que los hace diferentes a mí. Aunque debo aclarar que esto hasta ahora no me ha afectado, ya que el ser primo del Teto me ha dado cierta inmunidad contra la agresión que se practica a diario en este lugar; es más, hasta me he llegado a sentir importante, cuando de reojo los malditos del barrio me saludan sin atreverse a interrumpir mi paso a cualquier hora del día.

Mi primo el Teto es aún un adolescente, un cholo bien machín según los amigos de él, su carácter impredecible y malhumorado no ha sido obstáculo para que los vagos de su cuadra lo vean hasta con admiración, ya que tienen presente que no cualquiera se encuera para cagarse en público. Esto fue precisamente lo que hizo el Teto en el cumpleaños de un vecino quisquilloso que no le pareció el escándalo que los intrusos estaban organizando en su casa, y que furioso les exigió que se fueran a la chingada. Sí se fueron a donde se les había indicado, pero sólo después de que el Teto terminó de hacer su gracia. Esta actitud faramallosa y abusiva se acentúa cuando está drogado; los químicos que inhala lo igualan a un perro sin dueño que ataca al que se le ponga enfrente. Para la gente pacífica de su colonia es un problema innecesario en sus vidas; es más, su propia madre, pensando en el bienestar de su prole, también le ha deseado la muerte, ya que en su propia casa se pone demente. Insulta y amenaza a su familia porque según él ahí no lo respetan como se merece. En estas circunstancias su madre llorando pide a los policías que se lo lleven, que lo encierren o a ver qué hacen con él porque ya no lo aguanta.

Para el Teto el conflicto es pan de todos los días, aún no hay algo que le haga sentir que está equivocado en su proceder. Educado con las profundas letras del rock en español, día a día reafirma su "soy yo" con las rolas del TRI, Molotov y Control Machete. El mensaje de esta música es la savia que nutre su razón, el credo con él que se rige y en ningún momento se ha sentido recriminado por éstos. Por lo tanto, los que le censuran son los que están mal, ya que de ellos sólo oye adjetivos negativos para su persona. -Como si la vida hambreada que llevan fuera un ejemplo a seguir- ha sido la respuesta de mi primo a sus detractores.

Mi primo no carece de ambiciones; su proyecto de vida está cimentado en la esperanza de que algún día -sin determinar cuándo- inventará algo y saldrá de la miseria en que vive. Esta quimera le da seguridad en el futuro y refuerza la disipación que vive en el presente. Tiene además habilidades que lo distinguen de los demás: toca la guitarra con gracia, se fleta un tiro con somebody y es bien parejo con los camaradas. Ellos saben que no los deja morir solos y ya sea en la peda o al punto drogo, es Juan Camaney, pero lo más importante: no es peine, y más de una vez lo ha demostrado. Pero si alguien lo pusiera en duda, lo podrían constatar los peligrosos malandrines "El Pedrín" y "El Nico" que estuvieron involucrado en un robo de una casa en la colonia Cumbres; ellos se sintieron cerca de tirar canela en el Penal del Estado cuando se dio una redada de vagos en Sierra Ventana. Entre los capturados estaba mi primo, quien sabía de ellos hasta de lo que se iban a morir. Y pese al esfuerzo que hicieron los verdugos para sopearlo y a la promesa

de que sería más intenso su sufrimiento si no delataba a alguno delinciente de su colonia, él se portó machín: se mutó en roca; las patadas en el estómago no lo lastimaban, la bolsa de plástico en su cabeza no lo asfixiaba, y los insultos que le inferían a su mamá le parecían justos. Incluso llegó a pensar si habría algo entre su madre y los policías que lo torturaban, ya que los comentarios que estos cabrones hacían de ella parecían tan certeros que no era posible que los inventaran.

Satisfecho de su hazaña, se dispuso a pasar algunos días en el Tutelar para Menores de donde saldría sin ningún problema, ya que en realidad no había cargos en su contra; es más, cuando se lo cargaron él estaba parado en la puerta de su casa sacudiéndose los restos de agua que había quedado en su melena, después de bañarse; pero como ya era un cliente bastante conocido en los operativos policíacos, se lo llevaron. - Por güey, para qué sale cuando nosotros vamos pasando- fue la respuesta que le dieron a su mamá cuando preguntó él por qué lo detenían.

Ya pasado lo peor y aún adolorido por la violencia policiaca, anticipó con alegría su salida del Tutelar para buscar quién le pagara los madrazos que había recibido injustificadamente. Así cura sus heridas mi primo Teto, ojo por ojo y diente por diente, buscando no al que se la hizo, sino quién se la pague "para estar en paz" dice él.

Un día que me vio preocupado me preguntó: ¿Quieres sentirte bien? Desahógate haciendo lo que en ese momento se te antoje, saluda si quieres y cuando no, mándalos por un tubo. Si la

gente habla de ti, que te valga madre, y verás que te vas a sentir mejor, pero lo más importante son tres cosas que debes seguir para que no te la compliques: duerme bien, caga bien y no te juntes con cabrones. En estas tres cosas mi primo resumió el misterio de nuestro paso por esta vida, y para ser franco, me agradó su consejo.

El Teto vive como puede, desde hace tiempo la tira le subió la
Qué sana locura /cuando libero mis impulsos /qué bien me sienta /cuando soy yo /sin compromisos /dame tu mano /para tomarla o rechazarla /si me da la gana /tu sonrisa contestarla /con un gesto de fastidio /si es preciso /dar la espalda al sol /escuchar vociferar /y sentir lástima por los que me envidian /pues sus gritos suenan a lamentos /por que no son yo /a ti mundo antropófago /que devoras vidas e ilusiones /te digo que soy feliz /no requiero metáforas /ni falsas creaciones para decirte /maldito mundo /qué hermoso eres.

A pesar del desenfado que mi primo ostenta, hay algo que lo inconforma: sus tenis nuevos no lo llenan, la televisión le recuerda cuando la ve que está jodido; presiente que nunca va a poder acumular millas para poder viajar gratis por American Airlines, le agüita que en su cartera -robada por cierto- no había ni una triste tarjeta de crédito, no sabe hablar inglés y eso lo imposibilita para entender la letra del CD Mechanical Animals interpretado por su ahora también ídolo musical Marilyn Manson. Pero esto no inhibe la energía de sus 17 años, y en una esquina siempre alerta desde la nube de su cerebro agudiza la vista dominando una amplia área de su barrio en busca de un hocico que partir y unas costillas que patear, para reafirmarse como alguien, pero no por maldad, dice él, y hasta se la cree.

No tengo ni propongo /como un cero me verán /en un ángulo de la calle /mi ocio voy a clavar /estrella de cuatro picos /iluminas la oscuridad /haces hombre de una sombra /con propósito que disputar /te conviertes en una lanza /en espacio vital /en atalaya del guerrero /que ansia qué camino tomar.

El Teto vive como puede, desde hace tiempo la tía le subió la canasta según le dijo, para que se valiera por sí mismo. Esta lección materna y la falta de una adecuada orientación, lo llevó a convertirse cuando le apretó el hambre en un depredador. Para sobrevivir dice que es más digno panchar que humillarse mendigando. Lo primero que me vino a la cabeza fue ¿y por qué no pensar en trabajar? Seguramente la descalificación del trabajo como una opción es producto de la ilusión mal sana difundida indiscriminadamente por la sociedad de consumo que domina nuestras vidas, y que diariamente nos oferta todas esas cosas hermosas que según ella nos hace mejores personas pero que no se pueden conseguir con un trabajo ordinario. ¿Por qué nadie podrá decir que con uno o dos o hasta tres salarios mínimos lo que los mortales llaman buena vida es un imposible para alguien como él? Entonces ¿a qué tipo de vida tiene el humano al nacer? ¿A qué derecho tiene alguien como mi primo, que hasta ahora ha sido merecedor de nada? No puedo borrar de mi mente la excitación contradictoria que aplastaba la cara del Teto, cuando llegó corriendo para esconderse en la casa después de haber pancheado a un vecino del barrio. -Me la jugué carnal- balbuceó respirando con dificultad y estrangulando con su mano derecha los dos billetes de veinte pesos con los que se sentía cuajado.

Por ser cholo /no tengo un mañana que desear /semilla de miseria /mi suerte has podido frenar /aquí estoy inmóvil /no por culpa mía /ni de papá o mamá /pero la falta de esperanza /me ha puesto a pensar /que si México es de todos /y nada tengo yo /chingue a su madre el ojete /que con lo mío /se quedó.

Ya son dos años y cinco meses desde que llegué a la casa de la tía, y ésta es la primera vez que me rolo con la raza de mi primo, aquí en esta esquina donde hay una sensación de confort por la libertad de decir y hacer lo que se le dé a uno la gana. ¿Quién sería el valiente que se atrevería a llamarle la atención a tanto cholo junto aun si le molestara el relajo que estamos haciendo? ¡Tendría que estar loco para venir aquí a hacérsola de pedo, ya que con toda seguridad se llevarían una buena madriza! Sé que tengo que estudiar para dar clase mañana, pero está chido el cotorreo y no me quiero ir todavía, además es de los pocos ratos en que los locos se explayan en serio, y sobre todo mi primo que al parecer le está ganando el sentimiento y le cuesta trabajo hablar. -Pinche Teto no mariconees- le dice el Raffles a mi primo abrazándolo solidariamente. Pero la angustia que en este momento experimenta inhibe la fluidez que por lo general tiene para expresarse, y de su boca con dificultad gotean las palabras, con pausas desesperantes que nos dan tiempo para adivinar lo que dirá después. Sus quejas son contra todo y contra todos hasta contra él mismo; los recuerdos que cita lo enfurecen y lo excitan tanto que el calor del momento le va permitiendo expresar su pensamiento cada vez con más agilidad, ilustrando con maestría el infortunio que nos ha marcado desde la infancia, es más desde la gestación, y